

ciencia en sus senos. ¿Quién protegió á Voltaire y á D'Alembert y á Diderot? Los Reyes Federico II y Catalina II les mantenían á mesa y mantel. Mirabeau se vió sorprendido en la corte de Prusia por los primeros asomos de la revolución, y entró llevado de la mano por el patriciado francés en la primera reunión de los Notables. Las ideas filosóficas no corrieron por las tabernas, corrieron por los salones. Los principales protectores de Rousseau fueron damas de abolengo muy notable y de blasones muy áureos. Al caballero de las grandes cruzadas contra la nobleza británica y á favor de la República sajona, le llamaban Lafayette; y pertenecía en alma y cuerpo al patriciado francés. Quien primero calumnió á María Antonieta fué el conde de Provenza en persona. Las solteronas hijas de Luis XV, las tías carnales de Luis XVI, viejas envidiosas y ridículas, llamaron á la Reina por primera vez Austriaca. Pues en este momento la llamaban los Notables madame Déficit. Todo un príncipe Conti se ponía sin escrúpulo á la cabeza de los masones. Todo un duque de Orleans dirigía la revolución desde su palacio. Todo un regio montero trazaba el cautiverio de la Nación en *El Barbero de Sevilla* y subvertía el público encrespado á sus frases contra la corte y los cortesanos. En aquellas Asambleas de Notables todos llevaban corona y todos se volvieron á una contra la corona. Se organizaron en secciones, y á la cabeza de cada sección se puso el príncipe de la sangre á quien le tocaba y pertenecía por su importancia la presidencia. El duque de Pentievre, cuyas riquezas le constituían posición de suyo tan alta como la misma posición de los Reyes, hablaba del goce de todos sus privilegios, pero no creía que ninguno le impusiese la compensación de un grande sacrificio. El conde mismo de Artois, que aparecía el más incierto en ideas políticas, pero también el más caballero, estaba irritadísimo, porque creía que los hijos de María Antonieta le quitaban á sus hijos el derecho y el goce de reinar. Eran quinientos los Notables y todos habían aprendido las artes de interpelar á los ministros, las artes de inquirir faltas en los gobiernos, las artes de hacer cuentas gravosas al gestor de las rentas: ninguno sabía, no ya hacer sacrificios, ni siquiera ofrecerlos. Así, ocupábanse las asambleas en una interpelación eterna. Cuanto mayor categoría ostentaba el presidente de cada sección, menor era el respeto al poder y autoridad real. Su indignación llegó al enrojecimiento así que vieran los Notables el proyecto de pedirles pechos como á los últimos pecheros. Calonne, que aguardaba torrentes áureos de aquellos privilegiados, por sus respectivas fortunas unidos á la fortuna del Tesoro, sólo halló torrentes de palabras. Hablaban mucho: no proponían los cuitados cosa ninguna.

Cuando las conspiraciones de estas gentes habían expulsado á Turgot y á Necker del Gobierno; cuando al expulsarlos únicamente consiguieran detener la evolución pacífica y legal hacia un progreso tranquilo y sustituirla con una revolución violenta, se volvían hacia los ídolos por ellos derribados ya que no estaban en el caso de rehacer; y ofrecían si no á sus personas, á su historia y recuerdo, el peligroso altar de sus viciados corazones. Pocas veces



se había visto un hombre tan maltrecho como Calonne. Nadie se atrevía en la corte á defenderlo. Conforme iba creciendo en las secciones la oposición, le abandonaban en las camarillas. ¿Dónde se habían metido aquellos que le hacían tantas reverencias, saludándolo como el sol de la fortuna y de la gloria? Luis XVI, para quien había comprado Rambouillet, no le acorría. La Reina, por quien había hecho imposibles, dejaba que lo ridiculizaran sus contertulios y lo caricaturaran sus cómicos de cámara. El conde de Artois presidía la sección más furiosa contra el ministro sin acordarse de los cincuenta millones que había llevado el ministro á sus cajas. El conde de Provenza tampoco se acordaba de haber por su parte percibido más de veinte millones. Todos los privilegiados se volvían airados contra quien salvara los privilegios. Entre los Notables se hallaba uno llamado Mirabeau, Joven, muy joven, aún las señales del huracán, próximo á estallar en su frente, no se anunciaban y veían. Aquel conciliábulo de privilegiados no correspondía con el plan, á cuya palabra tonante reservaba la Providencia el destino de fulminarse sobre la corona de los Reyes y derribarla por tierra. Necesitaban más luz y más aire las frases de Mirabeau. Cualquiera le hubiera creído, por lo silencioso, por lo circunspecto, por lo reservado, un doctrino cuando era en realidad un gigante. No había llegado su hora. Y la chispa del genio sólo brota cuando se roza con la ocasión propicia y favorable que le procura tremendo estallido. Quiso Mirabeau, quien, además de haber compuesto los retazos de su monarquía prusiana en los momentos de ocio, había dirigido algunas invectivas á Beaumarchais por su carácter levantisco y su ingenio revolucionario, quiso, en razón de sus antecedentes y de su edad, como un puesto apropiado á sus condiciones, el cargo de secretario de una sección. Mas no había nacido para eso. No le convenía una oficina; le convenía un Sinaí. No era llamado á urdir intrigas; era llamado á remover colosos. Su mirada telescópica no veía los infusorios metidos en el cuerpo de lo pasado, veía las estrellas esclareciendo el cielo de lo porvenir. En aquella batalla de los Notables no tomó parte. Hizo muy bien. El cazador menos diestro hubiese cazado como una liebre á este león de las selvas. Y los notables reunidos para salvar la monarquía fueron únicamente un grande montón de combustible hacinado contra ella y dispuestos á desbrozar el camino de la revolución como las quemadas de rastrojos precedentes en el otoño al tiempo de la siembra.

Calonne, por su desgracia, era la imprevisión andando. Para él no había más tiempo que lo presente, un minuto fugaz. Contra la dificultad, al paso encontrada, combatía sin acordarse de si tal combate le suscitaba mayores dificultades para lo porvenir. Afluyente hasta la garrulidad; diestro en las intrigas y en las soluciones torpe; largo y pródigo con el dinero que no le pertenecía; dado, en el ardor de su sangre y en la complexión de su temperamento, á todos los vicios y sin escrúpulos de ningún género para granjearse los medios conducentes á mantenerlos; creyendo esconder los abismos con telarañas; contra la tempestad sin más preservativo que fórmulas cabalísticas ó augurios sortilégicos; inso-

lente con los de abajo y adulator con los de arriba: recrudesciendo y agravando males, que necesitaban cauterios, con expedientes que ni aun eran lenitivos; el período suyo aparece como el período de la orgía, como las cenas bíblicas de Balthasar y de Sardanápalo que preceden á la surrección de los incendiarios y á las perpetraciones de las grandes matanzas y de los irreparables exterminios. A un enemigo suyo le contaba cómo Luis XVI le nombró ministro para que pagara sus deudas. A una querida le regaló una caja de oro macizo repleta con bombones envueltos en cédulas de cuantiosos valores públicos. Así, mientras tuvo dinero que dar á los nobles y á los cortesanos fué para éstos el mejor de los ministros: en cuanto, lejos de darles, pidióles dinero, lo destituyeron y lo deshonraron. Los Notables no podían atreverse á los Reyes, pero se atrevieron á la economía de los Reyes. Su oposición enseñó el arte de oponerse á todo el conjunto y suma de generaciones revolucionarias que llevaban entonces los grandes dogmas del siglo en sus mentes. Calonne decía como un Profeta: «¡Oh! La Asamblea de Notables me parece aurora y alba de una revolución próxima.» Y contra esta revolución próxima no tenía más recurso que las alquimias de sus empréstitos y las utopías de sus impuestos. Querer que se quitara el Orleans de sus seis millones de renta, todos empleados en diabluras, medio para sostener el Estado y salvar la monarquía ¡fatal demencia! ¡Pagar un obispo, aunque tuviese amortizado en sus manos cien territorios baldíos, que demandaban la fecundación del trabajo! ¡Ir un grande francés á casa del recaudador como si hubiera caído en condición de pechero que debe frecuentar tales gentes y pasarse por semejantes oficinas! ¡Los magistrados rendir parias y pagar contribuciones cuando ellos debían recibirlas! Y todo esto presentado al voto de Notables en las salas espléndidas de un palacio que brillaba con el metal arrancado á los pueblos, y por un ministro que había prometido el oro y el moro para deshacer los entuertos cometidos por los reformadores y mantener los privilegios con todas sus consiguientes martingalas para gozo y regodeo de los privilegiados. No se hacían cargo los Notables de que alguna vez el desengaño cruel había de venir tras las engañosas esperanzas; no se hacían cargo de que carecía, su antes protegido y ahora maltrecho hacendista de varas mágicas, con qué tocar la tierra y extraer de su seno caudales y más caudales, tesoros y más tesoros, el Pactolo que necesitaban ellos, cuya sed hidrópita de lucros no tenía límites. Atribuían el déficit enorme al despilfarro, á la prodigalidad, á la imprevisión, al reparto de millones entre la familia real, á las facilidades con que abría Calonne la caja del Tesoro para cuantos necesitaba ó temía; y olvidábanse de que la mayor culpa concernía por fuerza y necesidad á todo el sistema político y económico, formado por los siglos para una sociedad animada por otros principios que los principios filosóficos modernos y compuesta por un pueblo, al cual mucho le pesaban sus viejas cadenas, y con mucha urgencia pedía el derecho y la libertad. La derrota del ministro y su destitución acelerarán la venida de los tiempos revolucionarios. Así lo quería la Providencia.



## CAPÍTULO DÉCIMO-OCTAVO

### El gran escándalo.



El gran escándalo de temporada, que ahora evoco, fué la célebre comedia del collar de la Reina. Este sencillo hecho ha tomado proporciones tales, que ya se sabe, al decir el collar de la Reina, entiéndese por todos el collar de María Antonieta. Quizás la guillotina fría no segara su cuello de garza, tan famoso, si antes no le cuelgan un collar como una soga de ahorcado. El editor Hachete acaba de publicar las *Memorias* de Barrás, ocular testigo de todas estas escenas y en algunas actor á veces, y á veces protagonista, por lo cual estimábase de grande peso y autoridad su testimonio. Voy á extractar, en lo posible, fragmento de estas *Memorias* tan curioso como el relativo al collar de la Reina. Casi todo el capítulo sexto consagra el narrador al año de la Era cristiana mil setecientos ochenta y cuatro en París. Privado de sus empleos militares y constreñido á vivir en la capital para granjearse favores y lograr empleos, iba de sociedad en sociedad mundana y de sociedad en sociedad política, Cierto barón, que se apellidaba ó apellidaban Valois; nombre dinástico por haberlo llevado nada menos que la familia de Francisco I, á la cual subsiguieran los Borbones en el trono de Francia, andaba de ceca en colodro, cual todos los gandules ó ganapanes de la corte, y presentó Barrás á una su hermana, madame Lamotte, mujer más de bella presencia que de bello rostro. Circuida de adoradores; habitando fastuoso palacio; con tertulia numerosa, si no buena, ilustre, dábase por influyente sobre París, y privada con el Cardenal Rohan, quien había tomado, á guisa de los abates galanteadores, mitra y capelo por